

tología cristiana perdió en el proceso de su desarrollo mucho de su fuerza originaria. Esta fuerza estaba ligada originariamente a la convicción en la fe de los primeros cristianos de que Cristo nos salvó verdaderamente del pecado y de la muerte y que ya podemos gozar de su vida inmortal en nosotros. La escatología cristiana en sus comienzos no era otra cosa que este optimismo salvífico en que se comprueba ya el carácter bondadoso del Evangelio, de Buena Nueva. Me parece a mí que estaría muy bien recuperar este optimismo en que se refleja la fe en la bondad de Dios. Todo esto no significa y no conlleva un peligro de la pérdida de la esencia tradicional de la Iglesia acerca de la necesidad de la vida buena. Se trata aquí sólo de un cambio de los acentos: lo primero en el cristianismo es siempre la oferta bondadosa de Dios que quiere introducirnos en su propia vida ya. Este don no es una promesa del futuro, sino una realidad de hoy. De este don brota la vida nueva de los cristianos. En realidad estamos muy cerca de la mejor tradición eclesial que después de la era patrística encontramos, por ejemplo, en los presupuestos fundamentales de la teología moral de Tomás de Aquino.

En esta perspectiva entra en juego la distinción que Pietras introduce entre dos tipos de milenarismo. El primero proviene del Apocalipsis y se caracteriza por la creencia en que el reino mesiánico comienza en el bautismo de Jesús y dura mil años, es decir, un tiempo muy largo. El bautismo se identifica en esta visión del problema con la resurrección. No obstante, hay también otro tipo de milenarismo caracterizado por imágenes menos teológicas y más materiales, terrestres. El reino mesiánico es aquí un reino verdadero y propiamente dicho terrestre y consiste en el reinado de Cristo junto con los suyos. La capital de

este reino es Jerusalén y su comienzo la primera resurrección.

Para terminar me queda sólo invitar a todos los interesados en el campo de la escatología, como en la dimensión escatológica de toda la teología, a leer este libro. Descubriendo poco a poco los detalles del pensamiento patrístico podrán aprender mucho sobre Dios y su amor infinito a los hombres y mujeres de todos los tiempos. El libro de Pietras es un intento de comprobar esta bondad divina de que habla la Buena Nueva, en concreto de la propuesta ya realizada de la vida eterna con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

Robert J. Woźniak

Ubaldo TERRINONI, *C'è l'aldilà?: indagine biblica sulle ultime realta dell'uomo*, EDB («Teologia viva», 52), Bologna 2006, 199 pp., 14 x 21, ISBN 88-10-40965-5.

El autor es un fraile capuchino que enseña Nuevo Testamento en el Instituto Filosófico-Teológico de Viterbo. Ha publicado anteriormente obras que relacionan el Evangelio con la vida diaria y con la vida religiosa; ahora publica la presente obra, que pretende acercar a un público amplio el mensaje bíblico sobre los novísimos. Según el autor, urge superar el «silencio» acerca del más allá, que impera en la cultura moderna. A la vez, resulta imprescindible estar en diálogo con la mentalidad moderna, para que la exposición de las verdades escatológicas tenga atractivo. Tras un breve capítulo introductorio, el libro comienza con un examen de las actitudes actuales respecto del más allá, para dedicar luego el resto del libro a la presentación de las respuestas que ofrece la revelación bíblica a las preguntas escatológicas. Esta parte principal del libro

se articula en torno a cuatro puntos: muerte, juicio, infierno y paraíso.

Pueden detectarse tres diversas actitudes modernas frente a la muerte, afirma el autor: olvidarla, buscarla (en el suicidio), o banalizarla y convertirla en un espectáculo. En cualquier caso, siempre late en el ánimo humano la inquietante perspectiva de la muerte, y por eso surgen respuestas de lo más variado: desde el materialismo craso, que se rinde ante la muerte (el hombre muere totalmente), hasta la teoría reencarnacionista, cuya réplica a la muerte es una nueva vida terrena. De la auténtica respuesta hallamos ya un esbozo en el Antiguo Testamento: ciertamente, con términos un tanto vagos (como *sheol* y *refaim*) referentes a la pervivencia *post mortem*. Con el paso del tiempo las formulaciones se tornan más nítidas, revelando una relación estrecha entre el *mysterium mortis* y el *mysterium iniquitatis*; afirmando la certeza de la victoria divina sobre la muerte; y afianzando la esperanza humana de vivir para siempre con Dios. Las verdades escatológicas aparecen más claramente formuladas en libros tardíos como 2 Mac (la esperanza de la resurrección en el último día) y Sab (la vida de ultratumba y las suertes diversas de justos e impíos).

Cristo clarifica aun más el misterio de la muerte: no sólo con palabras, sino con su actuación. Por una parte, revela el carácter trágico y doloroso de la muerte, al compartir el dolor de los allegados de los difuntos; y al confesar él mismo una angustia frente a la perspectiva de la pasión. Por otra, asume su propia muerte como parte de su ofrenda total al Padre y a los hombres, y por tanto como camino para honrar a Dios y salvar a los hombres. Finalmente, rescucitando como «primicia» de la humanidad glorificada, infunde esperanza en

sus seguidores, permitiéndoles vivir un gozoso *ars moriendi*.

En el capítulo sobre el juicio, el autor hace notar cómo en el Nuevo Testamento brilla la gozosa expectación de las primeras generaciones cristianas de cara al retorno del Señor: veían la Parusía como un evento supremo, que traía consigo un encuentro pleno con el Salvador. Paulatinamente, la concepción del día final fue adquiriendo tintes más terroríficos: como botón de muestra de esta evolución histórica, el autor cita el himno medieval *Dies irae* (aunque este himno acaba con una nota de esperanza). Es verdad, dice Terrinoni, que algunos pasajes proféticos del Antiguo Testamento contienen afirmaciones acerca de la severidad del juicio, en el *yom yhwsh*; sin embargo, matiza, conviene recordar que el verbo que expresa el acto divino de juzgar, *shaphat*, tiene sentido de gobierno, y es por tanto una manera de afirmar el triunfo final de la soberanía divina. ¿Cómo, entonces, llegó el gran público a una actitud temerosa con respecto a la vuelta del Señor? El autor apunta al influjo de la cultura latina, que llevó a una intelección de la categoría de juicio más juricista que bíblica.

La afirmación de un juicio final no obsta a que Dios vea y sopesé continuamente los actos de cada persona en la historia, como indica la diversa retribución que —según el discurso escatológico de Jesús— será asignada por el Hijo del Hombre a los caritativos y a los egoístas. De hecho, la Biblia habla mucho de mantener una actitud vigilante a lo largo de la vida. Ahora bien, ¿cómo se articulan entre sí el juicio individual y el final? El autor responde: (1) que la revelación bíblica ciertamente habla con mayor frecuencia del juicio del último día, pero también contiene indi-

caciones (como en el pasaje del ladrón arrepentido) de una retribución —y por tanto un juicio— recibida enseguida después de morir; (2) en la Tradición eclesial, algunos Padres —una minoría— se mostraron reticentes ante la idea de una retribución antes de la resurrección, porque tal retribución les parecía sumamente parcial; (3) el magisterio eclesial, siguiendo más bien la postura de la mayoría de los Padres, afirma (p. ej., Benedicto XII en la bula *Benedictus Deus*) que las almas *mox post mortem* reciben ya el premio de convivir con Dios, o el castigo de vivir lejos de Él. El autor —sin entrar en polémica con otras teorías— sigue el tradicional esquema bifásico mantenido por la Congregación para la Doctrina de la Fe en su documento de 1979, frente a quienes identificarían el instante de la muerte con el día de la resurrección, gracias a una supuesta condición «metatemporal» del difunto.

Al inicio del capítulo sobre el infierno el autor observa una cierta reticencia en algunos sectores, incluso cristianos, de aceptar esta verdad: pareciera que implicaría la falta de poder o de misericordia en Dios. Sin embargo, dice, una interpretación correcta de las fuentes bíblicas lleva más bien a la afirmación de penas eternas para quienes rechacen la oferta salvífica de Dios. Ya hay un esbozo de esta verdad en los escritos canónicos y extracanónicos de la época veterotestamentaria, en la progresiva estratificación del *sheol*: así se afianza la convicción de que los individuos difuntos tienen suertes diferentes, obedeciendo a un esquema retributivo. Los libros tardíos del Antiguo Testamento hablan claramente de «castigo» (Sab 3,10) o de «infamia eterna» (Dn 12). Y en los Evangelios, Jesús aludirá al misterio de perdición empleando términos como *Gehenna* y *Hades*, mientras que en el

Apocalipsis (al igual que en el Targum) se hablará de la «segunda muerte». El misterio de perdición está englobado en otro gran misterio, el de la libertad humana, auténticamente capaz de acoger o rechazar a Dios.

El capítulo sobre el paraíso empieza con otra observación de tipo histórico-cultural: que en muchos pueblos la retribución de los buenos consiste en ir a un lugar físico, bueno, después de morir. Es la geografía, podríamos decir, lo que define la bienaventuranza. En cambio, la religión cristiana se centra sobre todo en la meta de una vida compartida con Dios, o un alojarse en el Amor divino. Priman, por tanto, las categorías relacionales, más que las locales. Ciertamente, existe una larga tradición paradisíaca en la revelación bíblica (como ya se puede ver en el relato genesiaco, y en numerosos pasajes proféticos referentes al Edén o paraíso); pero es interesante notar que en el Nuevo Testamento, Jesús —aparte de usar un lenguaje paradisíaco con el ladrón arrepentido— habla sobre todo de los bienaventurados; del Reino de los cielos; de «estar con» Él. Así apunta un misterio de comunión final con Dios y con el resto de los bienaventurados.

Como se puede colegir de este resumen del libro de Terrinoni, el autor no pretende innovar, sino más bien «recordar» ideas claves de la escatología cristiana. No hallamos especulaciones, sino más bien una exposición firmemente basada en la fe bíblica, hecha además con estilo asequible y ameno. Terrinoni no se detiene en aspectos debatidos por teólogos (cuestiones de escatología intermedia, modo de resurrección), sino que se propone transmitir certezas de fe. (De hecho, la cuádruple estructura que emplea reproduce la de tratados tradicionales sobre los novísimos, como re-

flejo de la convicción del autor de que los puntos de fe siguen siendo válidos en nuestros tiempos).

La presentación de los misterios del infierno y paraíso, como esencialmente relacionales (la comunión o la falta de comunión definitiva con la Trinidad y la humanidad salvada) es un acierto, aunque esa misma opción teológica puede dejar un tanto postergadas las dimensiones corporales y cósmicas de la escatología final humana.

J. José Alviar

TEOLOGÍA MORAL Y ESPIRITUAL

Justo Luis R. SÁNCHEZ DE ALVA, *La luz de la obediencia*, Ediciones Rialp («Libros de bolsillo Rialp», 201), Madrid 2006, 200 pp., 12 x 19, ISBN 84-321-3604-2.

El volumen, como se indica en el título, trata sobre la virtud de la obediencia. También el título apunta la perspectiva desde la que se trata el motivo: como luz para el obrar. Las dos partes de las que consta el libro —«Raíces antropológicas de la obediencia» y «La obediencia en el misterio de la Redención»— señalan, por su parte, la doble dimensión —cristiana en ambos casos— que tiene su ejercicio: nace del hacerse del hombre en su actuar libre y social, y encuentra su modelo acabado no en el hombre, que es un continuo realizarse, sino en el misterio de Jesucristo, Dios y hombre verdadero, que completó la obra perfecta de salvación del mundo y que, según lo que se expone en los libros sagrados, la realizó «en obediencia» al Padre.

En el punto de partida, el autor señala la situación de crisis que vive la

cultura occidental: crisis de referencias y crisis de orientación en el origen de la identidad personal y social. En estas condiciones, parece lógica la aparición de una actitud de sospecha hacia la obediencia. La obediencia parece entenderse como enajenación de la voluntad y dejación de los derechos y las responsabilidades de la libertad. Por ello, el autor no comienza su estudio con la obediencia en cuanto tal, sino que remite a la existencia personal, en cuanto realización de lo que se percibe que uno es. En el realizar lo más propio de uno mismo, en actitud de libertad, el hombre percibe la voz interior que le conduce hacia lo bueno, y también a salir de sí mismo para poder encontrarse. En esa actitud de buscar lo que es «autoridad» para él, descubre la comprensión del mundo y de sus valores, y en esa comprensión descubre la obediencia como camino, como luz y no como imposición. Ciertamente, en el desarrollo de esa búsqueda que es la vida, se encuentra con la tentación de lo banal, de lo inmediato, de lo tangible. Pero en el modelo de vida propuesto descubre la armonía, la «eudaimonia», la vida feliz, más allá de lo sensible, en lo consistente: así libertad y obediencia se componen, y se exigen, en la realización de la vida. Todos estos aspectos se van desarrollando paso por paso en cuatro capítulos que desembocan en un quinto capítulo con el que concluye la primera parte del libro: «Algunas dificultades en el camino». En este quinto capítulo se abordan algunas actitudes —naturales, pero un tanto hipertrofiadas en la cultura moderna— que son obstáculos en el camino de la realización personal. Algunas se perciben más fácilmente, como el excesivo criticismo, aunque otras, como la acedia o la tristeza de alma, socavan los fundamentos quizás de manera más drástica.